

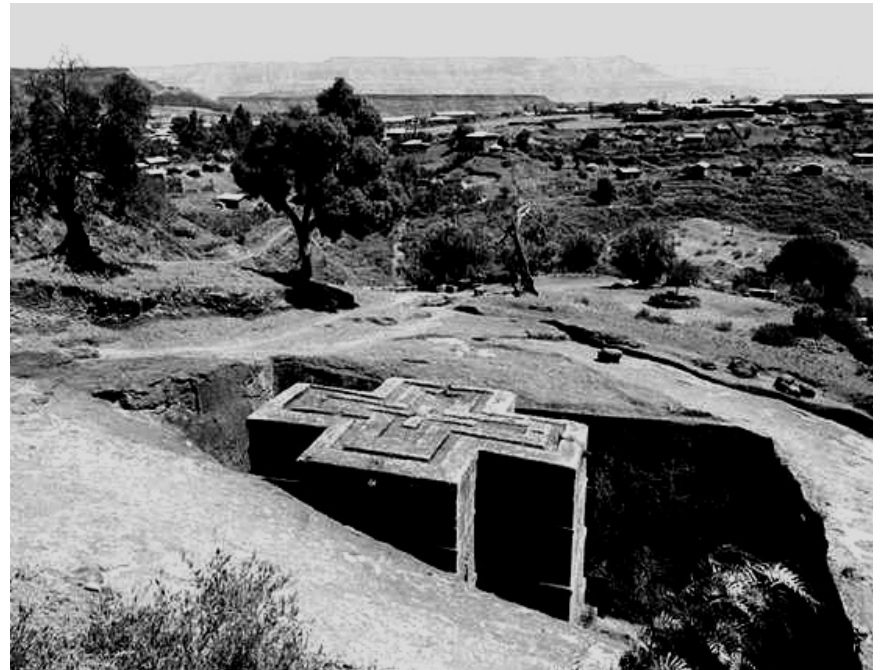
2005. 131
JAIA LORE ARTEAN

CIRCO

EL TIEMPO

MANUEL AIRES MATEUS
FRANCISCO AIRES MATEUS
VALENTINO CAPELO DE SOUSA

Imagen de la primera página: Iglesia Bet Giorgis, Lalibela, Etiopía.



Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo se.

Si me lo preguntan, no lo sé.

San Agustín, *Confesiones XI*, 14,17

Todos tenemos del tiempo esa idea, simultáneamente concreta e imprecisa, tan indispensable como inexpresable. Referencia asumida pero no interiorizada, leemos el tiempo como la inexorable secuencia de momentos que balizan nuestra existencia entre las tres dimensiones del espacio, en el encuentro o desencuentro con otros. Vamos, paralelamente, montando una especie de tiempo, interior y exclusivo, construido con los fragmentos accesibles de memoria y con las expectativas de futuro que podemos discernir. En todo caso, más que pensar qué es el tiempo, pensamos lo que con él hacemos o lo que él hace con nosotros.

Para una persona no formada en arquitectura, será probablemente obvio que el espacio se asuma simplemente como el dominio natural de expresión de ésta. Pero, aunque se conciba un espacio infinito definido por ejes perpendiculares, o contenido con

de un edificio a la erosión del viento y de las aguas, a la mecánica natural de los suelos o al surgimiento espontáneo de vegetación, provoca alteraciones profundas en su estructura, reduciéndola a una condición de ruina. El tiempo asume aquí una especie de función purificadora, que integral y literalmente despoja al edificio de toda su carga histórica o simbólica, despertando en nosotros la conciencia de una larguísima existencia y, por contraste, de lo efímero de nuestro destino individual. *Contemplar una ruina no equivale a hacer un viaje por la historia, pero sí a notar la experiencia del tiempo, del tiempo puro* (2). Tal vez sea esto lo que nos conmueve y nos atrae tan profundamente, que desearíamos construirlo desde el principio en ese estado. Pero frente a esto no hay nada que nosotros podamos hacer. Y, al final, quizá no haya nada más fácil de hacer, que dejar pasar el tiempo.

Manuel Aires Mateus, Francisco Aires Mateus, Valentino Capelo de Sousa. Lisboa, Marzo de 2004.

Notas: 1. Andrew Wajda 2. Marc Augé, en *Le Temps en ruines*

en esta actitud es la expectativa, inherente al hombre, de un determinado futuro que, a momentos, cree entrever.

Naturalmente, la concepción arquitectónica es siempre un acto prospectivo y, como tal, pondera la relación del objeto con un tiempo que todavía no existe. En ese sentido, el proyecto incluye la toma de un conjunto de decisiones y opciones pretendiendo adecuar su uso o significado a esa expectativa de permanencia. Pero una construcción escapa rápida e inevitablemente a la esfera de influencia de su autor. Su exposición al paso del tiempo constituye un test decisivo de la calidad de la obra, de la validez de los principios que la determinaron. Aparte de las características físicas de la construcción, también la lógica de su sistema funcional y la pertinencia de su configuración espacial serán permanentemente juzgadas por la capacidad de respuesta que vayan dando a solicitudes futuras. Esta tentativa de resistencia al paso del tiempo, de supervivencia al curso de la historia, suscita la demanda de una esencialidad primordial, y se constituye como hipótesis de intemporalidad, o de eternidad que es, de algún modo, la ambición de toda arquitectura.

Independientemente de la acción humana que en ella se encuadra, el propio tiempo es también agente de transformación del patrimonio construido. El abandono

límites de anchura, profundidad y altura, se constituye siempre como un dominio potencialmente recorrible, territorio a explorar y descubrir.

Porque se encuentra abierto al movimiento, y también porque no puede librarse del flujo de las sucesivas contemporaneidades que lo preceden y se le yuxtaponen, el espacio está desde el principio impregnado de la noción de tiempo.

En el proceso del proyecto arquitectónico, son muchos los factores que intervienen, y, casi todos, de forma mas obvia y directa. Pero entre todos, probablemente ninguno se hace sentir de una forma tan inquietante como el tiempo. La duración del proyecto, periodo en el que se concentran todas las decisiones necesarias para la ejecución de una obra, se resume en un instante mínimo, comparado con la edad del sitio en el que se interviene, con todos los siglos de historia de la arquitectura, o simplemente con la esperanza de vida del edificio que se prevé construir. El ejercicio de proyectar representa así una especie de gigantesco esfuerzo de asimilación durante el cual todos estos tiempos son convocados y comprimidos, buscando una respuesta de interpretación que los articule y de la cual resulte una continuidad inteligible.

Una de las dimensiones del tiempo que la arquitectura necesariamente ecuaciona e incorpora es de naturaleza cíclica. Toda construcción se expone a esa sucesión de

periodos de tiempo, repetidos a intervalos regulares, moldeando los días y los años. Otra vez es un concepto de tiempo profundamente enraizado en una condición espacial: la duración del día y de la noche, o de las estaciones del año, es función directa de las coordenadas espaciales del sitio, latitud y longitud, del movimiento de rotación de la tierra sobre su eje y de su movimiento de translaciones alrededor del sol. Esta geometría de escala planetaria tiene consecuencias bien sensibles en la caracterización física del lugar, a lo largo de los ciclos, a nivel de calidad y cantidad de las exposiciones solares, de las amplitudes térmicas diarias y anuales, del régimen de vientos o de los sistemas acuíferos o vegetales. Son condiciones a las que el proyecto no puede dejar de atender, en función de los datos programáticos, en la modelación de su propia geometría, en los materiales y sistemas constructivos, en aquello que puede llamarse su definición arquitectónica.

Obviamente, el constante retorno de unidades de tiempo identificables no corresponde con una efectiva repetición del tiempo. Esos periodos, aparentemente similares, suceden en un fluir también continuo pero irreplicable, que atribuye una edad real a cada cosa. El tiempo parece depositarse sobre las superficies, filtrarse en los cuerpos, actuando de forma inexorable sobre todas las realidades. Si la historia

corresponde, de algun modo, a esa yuxtaposición de extractos, la arquitectura se parece más a una arqueología de la transformación: *el hombre destruye una civilización, pero construye otra utilizando los ladrillos de la anterior* (1). En cada proyecto, la historia surge revelada en sintonía con nuestro tiempo, cristalizando en una condición material que anula diferencias seculares.

Es sólo cuando, por un motivo o por otro, se apoya en una herencia muy particular donde la arquitectura exige la creación de un tiempo suyo, propio del proyecto. La creación de este tiempo en términos de veracidad y claridad, es un acto de libertad y de responsabilidad que se ejerce de forma simultánea.

De este modo, el conocimiento de la historia no nos hace sus rehenes sino que nos incentiva a, en cualquier momento, asumir una condición de absoluta contemporaneidad.

Por muy completo que sea ese conocimiento objetivo del pasado, es siempre completado por un conjunto de datos más subjetivos, abriendo camino a las contribuciones decisivas de la memoria, de la intuición, de la sensibilidad y de la inteligencia, en el visualizar las posibilidades de la intervención. En un abordaje arquitectónico, la formulación de un problema es siempre interpretativa y a la vez la llave para la lectura del lugar. El impulso fundamental subyacente